

# CINE TEATRO

CARMELO VILDA

A PROPOSITO DE

## LA GRAN COMILONA

"El burgués ha vivido durante un siglo con austeridad exterior y desenfreno interior, irreligiosa y éticamente. En el nuevo siglo heredará el castigo de este desdoblamiento" (Elemire Zolla: Historia de la Imaginación viciosa, pág. 91).

Los comentaristas de "LA GRAN COMILONA" han embadurnado con los más sucios adjetivos a esta película que ganó el primer premio en el Festival de Cannes (1973). "Film asqueroso y repugnante", "monumento degradante a la grosería y al mal gusto", "negación del sexo", "uno sale de la película con olor nauseabundo en la boca y en los ojos", "la película es una provocación al vómito". Pero, a pesar (¿o a causa?) de estas lindezas, las taquillas agotan el boletaje y bate records de permanencia en cartelera juntamente con "El Exorcista" y "El Ultimo Tango en París".

Cuatro representantes de la sociedad (un Juez, un Piloto comercial, un Productor de Televisión y el "Chef, Gourmet y Gourmand a la vez" de epulones exquisitos), se concentran en una quinta arquetipo de la burguesía del siglo pasado para sacar al sol los sapitos que les colean dentro. ¡Por fin la burguesía europea rompe las apariencias y se presenta tal como es! Todo es lento, cámara a ritmo de siesta veraniega, nada se precipita, el ritual está calculado con cretinismo imperial. Nada de flash ni escenas vertiginosas. El tiempo es comida y la comida es narración atosigante a paso de digestión o más bien de combustión. Cuatro estupefactos actores se dejan llevar sin prisa por sus manías y ocurrencias degeneradas. Van a dar un concierto de ética burguesa con bombos y platillos, con aplomo, con toda la gama de matices y tonalidades que quepan en el pentagrama.

Aquí comienza el cinismo de una cultura que hace trofeos con despojos degradantes:

- transfigurar las acciones más aberrantes con intenciones purificadoras.
- exaltar el derroche y las perversiones con actitudes exquisitamente humanas.
- justificar la mezquindad grosera con la excusa de una necesaria catarsis purgativa.
- provocar la náusea para llorar después con sincero arrepentimiento, o pagar el pecado de la vida con la muerte.

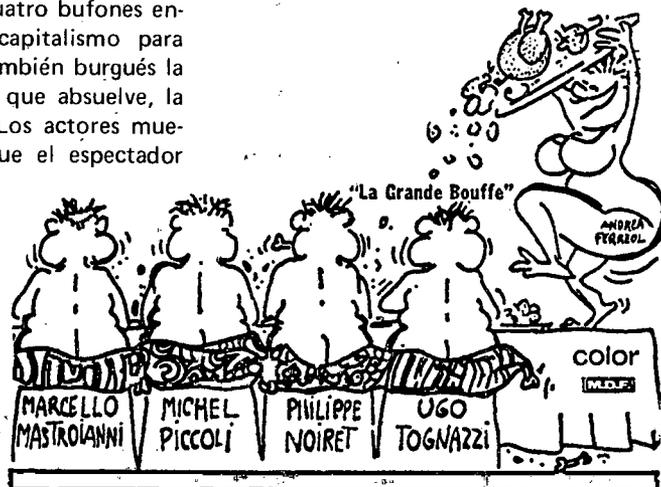
Los cuatro protagonistas parecen "bufones" que van a representar delante de estómagos y bocas llenas (no es película para bolsillo de pueblo hambriento) los males de la sociedad de consumo de la que formamos parte también los espectadores. Un carnaval degenerado para provocar abscesos de repudio en el público. Exhiben sus vicios más secretos y los tienden al sol para sanearlos al aire libre. Abren los tumores más putrefactos con mánadera de gallo para extirparlos en catarsis colectiva. Los cuatro bufones encarnan los pecados de capitalismo para desatar en el público también burgués la risa que libera, el asco que absuelve, la condena que justifica. Los actores mueren, se suicidan para que el espectador

muera también simbólicamente a la vida representada por ellos. Y con el aborrecimiento del pecado se crea exento de culpa.

"La Gran Comilona" tiene intenciones exorcistas. Uno llega a veces a dudar si los protagonistas son hombres, demonios o perros que los animales que custodian la casa. Se degrada al hombre hasta la dimensión del cerdo para tolerar su demencia, lujuria y gula. Siempre ha sido propio de épocas decadentes transferir la corrupción pública al circo, al teatro (ahora al cine para aliviar tensiones sociales con las iras de la plebe resueltas en catarsis. Como si para poder celebrar la cuaresma tuviéramos que ser concelebrantes del carnaval que la precede. Algunas civilizaciones antiguas después de culposas bacanales ofrendaban a sus dioses puercos o asnos sobre los que depositaban sus culpas para expiar los desenfrenos.

"La Gran Comilona" pretende ser una ceremonia expiatoria (el ritmo de la película es solemne y lento, como de liturgia) una mimesis purificadora. Pero no por eso deja de ser una película borbónica y pestilente, cínica y cretina. Negativa, porque el mal que exhibe no se justifica con el simple y acrítico "asco" que obtiene el espectador. No basta predicar que todos somos "cochons" ni pagar para ver cómo cuatro descendientes del "homo sapiens" mueren de gula y lujuria para filtrar después las escenas y sacar la moraleja. La película no tiene consideración con el público; por eso éste no debe retribuir tolerancia al Director. Hay un fraude que debemos denunciar a gritos: no hay que perdonar la corrupción de una sociedad carcomida, sin valores, porque confiese sinceramente su pecado. Porque si es verdad que Cristo perdonó y excusó a la adúltera y a la Magdalena es también verdadero y cierto que tomó el látigo en sus manos para expulsar a los mercaderes del templo.

No creo en la función moral de la censura oficial. Prefiero y confío más



en las censuras y controles privados de la propia conciencia. Y creo que si esta película puede ser quizá terapéutica en la mayoría de los países europeos, es sin embargo, macabra y sarcástica en los países del Tercer Mundo. En un año en que diez millones de hombres morirán de hambre no se debe pagar 10 bolívares a una empresa comercial extranjera para ver a unos cretinos jugando a morirse de hartazgo, mientras a nuestro lado hay estómagos vacíos. Hay una razón más para desconfiar de una sociedad que no sabe rechazar por sí misma el cinismo y paga inconscientemente la guasa macabra.

La malicia de estas películas sociológicamente escandalosas estriba precisa-

mente en que el espectador, cuando sale del cine, se lava las manos con un comodón comentario: ¡"qué asco, ojalá no hubiera venido a ver esta cloaca indigesta!" pero, después de esta superficial catarsis justificativa, se monta en su carro y no pasa nada más. La vida sigue igual de injusta y sucia. A esperar otra película cretina que pronto llegará. Este tipo de film "epatant" es sutilmente tramposo: con el cebo y la excusa de presentar el mal para repudiarlo consiguen suculentos mercados monetarios.

Ultimamente nos llega de Europa la moda de arrojar en la cara del público sus vergüenzas y desnudar delante de sus ojos sus desenfrenos y pestilencias para

que la ostentación exagerada nos lleve a una sincera regeneración. Inyectar veneno para que sirva de antídoto. Pero lo que pasa es que la dosis que se inyecta es tan refinada y exquisita, es de tal calibre y magnitud que en vez de curar mata. ¿Qué podemos pensar de una sociedad en la que las prostitutas son las más inocentes y las que más aborrecen la degradación de los protagonistas y en cambio la Maestra condesciende y se convierte en meretriz de quien la pretende para cualquier aberración?

¿Qué podemos esperar de unos ciudadanos que sólo existen mientras comen y copulan?

Y de verdad, lo que sucede no rebasa nunca los moldes de un "acuario". No se trata ciertamente de peces marinos, lobos de mar, personajes curtidos en la realidad oceánica de la vida, sino de eso: "pececitos de colores" que confiesan sus soledades burguesas en el recodo manso y luminoso de un acuario. Son anécdotas, más que historias, de incomunicaciones estereotipadas: el hijo que no se comunica con su papá "gerente de una empresa multinacional", el doncel que encuentra imposible la complementación con su dulcinea, las secretarías alienadas por su trabajo rutinario, el público enajenado por la televisión comercializada, etc... Situaciones pequeñas, tópicos manidos de los que sólo conocemos el doliente y quejumbroso monólogo y no los tumores que las provocan. Los peces se juntan en la escena (acuario) para arañarse los ojos con sus lamentos, en definitiva, para exteriorizar un poquito su masoquismo diminuto. Todo es minúsculo, liliputiense, armonioso y sedante como el acuario.

Lo que sucede está abstraído de la realidad, apenas sabemos o podemos deducir las historias y situaciones lacerantes que obligan a los peces a quejarse y lloriquear su soledad. Esta ausencia de realidad, esta parvedad de materia la podemos abordar también desde el lado de los signos lingüísticos. Son sólo larvas. Pretenden expresar mucho. Pero significan tan poco que el símbolo no puede tomar cuerpo en tan débil carne. Pretenden trascender el código dramático por la vía de la poesía lírica, del soliloquio, que abarcaría además el elemento reflexivo. La realidad es que este método alusivo elude la realidad —los puntos suspensivos son en este caso sólo una fuga. Sólo se hace designar la realidad, pero la realidad no

está ahí presente en la acción dramática. Por eso cae en el vacío de los lugares comunes. Cabe destacar en cambio que los textos no excesivamente sutiles de la parodia telenovelesca, anuncios incluídos, al denotar una acción dramática causaban su efecto. El poner el rostro tenso y pasearse con aire de estar sumido en hondas preocupaciones no configura hoy aquí entre nosotros ninguna tensión dramática.

Es verdad que hay una intención crítica, una sátira contra nuestra sociedad deshumanizadora, incomunicada, en la que todo se vende, se comercializa e incluso llega a resultar difícil amar. Pero en el escenario no vemos en ningún momento el dramatismo que estas situaciones implican sino los soliloquios enfermizos de Salicio y Nemoroso como es las églogas de Garcilaso. Solamente cuando rompen el vidrio del acuario y salen a tierra, al suelo de la pantomima logran fuerza teatral que contagia al espectador. Los cuadros de "Las Prostitutas", "Comerciales de Televisión", "Gerente de Empresa", y "La Telenovela" rezuman frescura y comunicación con el público. El prólogo, intento de llevar hacia el oyente los entretelones anteriores al inicio del drama, sobra. Es un truco ya muy añejo y resul-

ta caduco.

Me gustó el montaje, práctico, inteligente el ágil desdoblamiento de los personajes en sus variadas tipificaciones sin espacios lentos o muertos. Escenografía escueta y sobria para el continuo movimiento de los "peces", apta para que el gesto y la palabra se alcen limpios y a ratos logran crear intersticios poéticos. Carmen Messuti tiende a lo grandielocuente y declamatorio, hay momentos en los que parece va a cantar ópera. Estupenda María del Pilar Romero, rica en recursos, la única que supo mirar al público con los ojos abiertos.

Aplaudo el intento de hacer teatro venezolano pero el camino es escarpado: hay que mojar la pluma, por supuesto, también la voz y el gesto en la tinta que nos circunda para que realmente se pueda llamar venezolano.

AUTOR	José Gabriel Núñez
DIRECTOR	Ibrahim Guerra
REESTRENO	Sala "Rajatabla" (Ateneo de Caracas)
LANGOSTA	Carmen Messuti
PEZ DORADO	Javier Vidal
PEZ ESPADA	Fernando Arriagada
PEZ LUNA	Pilar Romero
PEZ BETA	Mireya Hernández

# LOS PECES DEL ACUARIO